

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 54-55.

España ante la segunda cumbre entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe.

Razones españolas para el éxito de una alianza estratégica entre la
UE y los países de América Latina y el Caribe.

Alberto Carnero Fernández

Razones españolas para el éxito de una alianza estratégica entre la UE y los países de América Latina y el Caribe

Alberto Carnero Fernández*

RESUMEN

Ante la Segunda Cumbre Unión Europea-América Latina y el Caribe, que se celebrará en Madrid durante la presidencia española de la UE en el primer semestre del 2002, y desde la perspectiva española, el autor analiza el éxito, la consolidación y la necesidad de reforzar la *alianza estratégica* entre ambas regiones. Y todo ello desde tres campos distintos: el político, el económico y comercial y el de la cooperación.

Palabras clave: España, Unión Europea, América Latina, Caribe, alianzas, cumbres.

Uno de los principales acontecimientos que tendrá lugar durante la presidencia española de la Unión Europea el primer semestre del año 2002 será la celebración de la segunda Cumbre entre la Unión Europea y los países de América Latina y el Caribe. En la primera Cumbre, celebrada en Río de Janeiro en 1999, se manifestó por todos los jefes de Estado y de Gobierno de los países participantes la voluntad de establecer una *alianza estratégica* entre las dos regiones. La reunión de Madrid será la ocasión para revisar la marcha de esa alianza estratégica, impulsar y profundizar la cooperación en todos los campos y afianzar un diálogo político entre las dos regiones al nivel más alto posible.

*Director General de Política Exterior para Iberoamérica.
Ministerio de Asuntos Exteriores de España.

Desde una perspectiva española está claro que interesa el éxito de la Cumbre. Pero España debe entender la palabra *éxito* como algo más que la feliz celebración de una reunión internacional con reflejo positivo en los medios de comunicación. España debe ambicionar algo más. Y la razón profunda es, como recordaba oportunamente el Rey en un memorable discurso pronunciado ante el Parlamento de Bolivia en julio del año 2000, que “España es, a la vez, una nación europea y americana”. Esta expresión resume a la perfección una realidad que ha venido forjándose durante siglos y que en los últimos años ha alcanzado una madurez hasta hace poco imaginable.

Las relaciones históricas, culturales y afectivas que unían a España con América estaban hasta hace bien poco desequilibradas desde el punto de vista político, económico y comercial. Hoy en día esto ya no es así. Por un lado, las relaciones políticas se han normalizado y asentado al afianzarse en todos los países iberoamericanos, con una única excepción, regímenes democráticos que reconocen las libertades individuales y los derechos humanos con plena vigencia del estado de derecho. Esta realidad ha permitido dar forma y cohesionar a la Comunidad Iberoamericana de Naciones que anualmente y desde 1991 celebra reuniones de jefes de Estado y de Gobierno.

Por otro lado, la presencia inversora de las empresas españolas en los países de América ha canalizado la apuesta de miles y miles de pequeños ahorradores españoles por el futuro y el desarrollo de las sociedades americanas. A la inversión ha seguido una notable extensión del comercio bilateral, que aún tiene un gran potencial de crecimiento.

Estas dos realidades, relativamente recientes aunque no enteramente inéditas desde el punto de vista histórico, han ligado el futuro de España con el de los países de América de una forma esencial. Por eso nos interesa a los españoles el éxito de América. Y, sin duda alguna, nos interesa el éxito de la Unión Europea desde el punto de vista político, económico, social y cultural.

Todo ello hace comprensible que para España, organizadora de la Cumbre de Madrid, el éxito de la alianza estratégica entre América Latina, el Caribe y Europa signifique algo más que una buena reunión. España espera que Madrid marque un hito en el acercamiento y en la profundización de las relaciones políticas, económicas, sociales, culturales y de cooperación entre dos regiones a las que pertenece por historia y por elección y que forman parte esencial de su proyecto político.

El éxito de esa alianza estratégica entre América Latina y el Caribe y Europa puede analizarse en tres campos distintos que en cierto modo coinciden con el esquema que articulará los debates de la Cumbre. ¿Qué significa entonces el éxito de la alianza estratégica para España? Sin ánimo de agotar la respuesta se pueden esbozar algunos argumentos.

EL ÉXITO EN EL TERRENO POLÍTICO

Iberoamérica y el Caribe, como Europa, son parte sustancial y reconocible de Occidente. Con ese término se quiere reflejar la pertenencia de las naciones europeas y americanas a una comunidad de valores que está en el origen de nuestras sociedades tal y como hoy las conocemos. Por encima de las particularidades de cada nación que la historia ha forjado, la pertenencia a la comunidad occidental significa que la democracia, el reconocimiento y el respeto a los derechos humanos y a las libertades individuales, y un determinado concepto de la dignidad humana son principios constitutivos de nuestras sociedades. Cualquier excepción a esta regla se considera precisamente eso, una excepción, tanto temporal como espacial.

Esa realidad hace que el diálogo político entre las dos regiones sea un ejercicio no sólo deseable, sino natural, fácil y constructivo. Pese a las diferencias idiomáticas o culturales, está claro que en Europa y en América Latina y el Caribe hablamos esencialmente el mismo lenguaje político y nuestra visión de lo que debe ser un sistema político, por encima de diferencias coyunturales, es esencialmente la misma.

Esta coincidencia está en el origen del éxito de la primera Cumbre de Río de Janeiro en 1999, que por primera vez –y gracias a una iniciativa española que fue significativamente apoyada por Francia, en el seno de la Unión Europea y por los países iberoamericanos en la Cumbre de Viña del Mar– reunió a las dos regiones en un marco específico. Y también está en la base del éxito de los distintos diálogos que la Unión Europea desarrolla con las subregiones americanas (Grupo de Río, Diálogo de San José, Comunidad Andina) desde hace años.

La consolidación de ese diálogo político birregional al nivel más alto sirve –y ese debe ser uno de los objetivos de la alianza estratégica– para fortalecer a escala global los valores de la democracia y de los derechos humanos, valores que aspiran a tener una vigencia universal aunque la realidad, lamentablemente y por el momento, diste mucho de ese objetivo.

La historia de las naciones europeas y americanas en el siglo XX conoce, por desgracia, muchas excepciones a esos principios y valores que nos unen. Para que en el siglo XXI la democracia se fortalezca, en Europa, en América y en el resto del mundo, es imprescindible reforzar el diálogo político birregional y cooperar en la mejora y el afianzamiento de los sistemas democráticos.

Es mucho lo que se ha hecho hasta el momento en el terreno de la cooperación política entre Europa y América Latina y el Caribe, y mucho más lo que se puede hacer: en el ámbito de los defensores del pueblo, en el perfeccionamiento de los sistemas judiciales, con la formación de jueces, fomentando las reformas necesarias que refuercen unos sistemas jurídicos eficaces en la garantía y protección de los derechos humanos. Y, por supuesto, en el asesoramiento en las necesarias reformas impositivas, porque una socie-

dad de ciudadanos que participan en sus sistemas democráticos exige también un marco fiscal que permita que cada uno contribuya a los gastos sociales comunes, reflejando así también el derecho a exigir responsabilidades a quienes son elegidos para gobernar.

La colaboración en el terreno citado es necesaria sobre todo cuando empiezan a surgir voces y tendencias que pretenden buscar atajos para lograr el desarrollo por la vía de la “superación de la democracia formal”. Esta tendencia es particularmente peligrosa porque aprovecha la desesperación de la pobreza para socavar las bases de la democracia. Frente a ello hay que decir con claridad que no hay alternativa aceptable a la democracia representativa y pluralista que reconoce y respeta los derechos de la persona. Cualquier experimento en este campo se construye sobre la base de la arbitrariedad y lleva al aislamiento, a la pobreza y a las violaciones de los derechos humanos. Se debe igualmente fomentar el estrechamiento de los lazos entre nuestras sociedades civiles. De hecho, partidos y fundaciones políticas europeas y americanas colaboran desde hace décadas de forma fructífera y eficaz.

Esta cooperación en el ámbito político entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe tiene también una especial significación en el terreno estrictamente internacional y multilateral. América Latina y el Caribe y la Unión Europea pertenecen a grupos regionales distintos en el marco de las Naciones Unidas. Pero lo cierto es que la herencia de principios y valores comunes hace que mantengamos posturas coincidentes ante los problemas internacionales muchas más veces de las que pensamos.

En el Plan de Acción que surgió de la Cumbre de Río ya se hablaba de una mayor coordinación entre las dos regiones en el ámbito de las Naciones Unidas. Antes de la Cumbre de Madrid este acercamiento se habrá hecho realidad, gracias a una iniciativa de la presidencia belga, apoyada con entusiasmo y constructivamente por España y que ha sido acogida con gran interés por los países de América Latina y el Caribe. Son muchos los campos concretos en donde podemos trabajar conjuntamente: los derechos de la mujer, la protección del medio ambiente, el establecimiento de una jurisdicción internacional para determinados crímenes especialmente odiosos y, como no puede ser menos, en la lucha conjunta contra el terrorismo. Después de los atentados del 11 de septiembre el reforzamiento de la lucha contra los enemigos de la libertad es especialmente necesaria. América Latina y Europa deben estar en la vanguardia de esa lucha.

España sabe por experiencia propia que el afianzamiento de las libertades individuales, el reconocimiento y garantía jurídica de los derechos humanos y la integración en proyectos políticos más amplios son condiciones necesarias para lograr el desarrollo económico y el bienestar de una sociedad. Por eso debemos impulsar, en el marco de la alianza estratégica entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe, todos los proyectos de cooperación que ayuden a consolidar, afianzar o, en casos que no son ajenos a la mente de nadie, ayudar a la transición democrática de los países iberoamericanos. En definitiva se trata de cooperar en todo lo que ayude a fortalecer, sin pater-

nalismo, con pleno respeto por la soberanía de cada país y en pie de absoluta igualdad, la institucionalidad democrática.

Por otro lado es muy significativo el interés hemisférico de las dos últimas Administraciones estadounidenses. Los Estados Unidos han apostado por el enorme potencial estabilizador que para su propia seguridad y libertad tiene un continente en el que la democracia y los regímenes respetuosos de los derechos humanos sean la norma inquebrantable.

Precisamente por ello, Europa puede y debe aprovechar este momento histórico y ofrecer a su vez a los países de América Latina y el Caribe una cooperación abierta franca y sincera, desde una base de estricta igualdad para afianzar las democracias y extender las libertades. La conjunción de esfuerzos hemisféricos –la recientemente aprobada Carta Democrática de la Organización de Estados Americanos (OEA) es quizás el mejor ejemplo– y birregionales ayudará a enraizar definitivamente las libertades y la democracia en América Latina.

Al mismo tiempo este diálogo político renovado debe llevarse a cabo no sólo birregionalmente. Europa necesita estar también presente en todas las subregiones de América Latina y el Caribe. Tenemos ya un acuerdo de asociación con México que se debe aprovechar sobre todo desde el punto de vista político. México ha sido, sin duda alguna, un ejemplo de determinación a la hora de perfeccionar una democracia. Hoy es un actor internacional de importancia creciente y está llamado a desempeñar un papel protagonista en el entendimiento de América Latina con los Estados Unidos y con Europa.

Centroamérica ya no es una región en donde la norma sean las dictaduras y los enfrentamientos civiles, como hace no muchos años. Hoy en día es una zona de democracias que luchan por fortalecerse superando odios y apostando por la reconciliación. Hay países también de una tradición democrática de primera ley. Europa no ha sido ajena a ese cambio espectacular. La tradición del Diálogo de San José con los países de Centroamérica es un patrimonio que conviene preservar, sobre todo teniendo en cuenta el cambio de perspectiva que ha supuesto la reciente estabilización de la subregión.

La región andina merece una atención especial por su complejidad y por sus dificultades. Europa está apoyando con decisión las democracias andinas. Lo hace en Colombia, comprometida con el desarrollo del proceso de paz. Ha respaldado también con firmeza el cambio democrático en el Perú. Lo mismo hace con el resto de países andinos. Sin duda alguna el apoyo a las democracias andinas debe continuar siendo un elemento principal de la política latinoamericana de Europa.

El Caribe es una región de especial relevancia para Europa, donde España ve con satisfacción los intentos de integración subregional. Dos países tienen para España una significación especial. La República Dominicana, inmersa en un notable proceso de avance económico, con un sistema democrático consolidado; y Cuba, donde Europa mantiene una posición clara de apoyo a la transición democrática y al desarrollo y aper-

tura de su economía, junto con una crítica frontal al embargo. Europa está dispuesta a reanudar el diálogo político con la autoridades cubanas, como ha quedado patente con el reciente viaje de la presidencia de la Unión Europea, en formato de *troika* y con el ministro de Asuntos Exteriores de Bélgica, Louis Michel, al frente de la delegación.

El Mercosur (Mercado Común del Sur) puede convertirse en un gran aliado estratégico de la Unión Europea. En el proceso de negociaciones que se está llevando a cabo actualmente ambas partes tienen mucho más por ganar que por perder. Ello no impide a que las partes debamos renovar nuestra valentía, audacia y generosidad para avanzar decididamente hacia la consecución definitiva de un Acuerdo de Asociación.

Y no olvidemos a Chile, un socio fiable en el que la democracia se ha establecido con solidez, recuperando una tradición que para sí quisieran muchos países europeos. Esperemos que el Acuerdo de Asociación que actualmente se negocia pueda estar concluido tan pronto como sea posible.

EL ÉXITO EN EL TERRENO ECONÓMICO Y COMERCIAL

Los dos ejes fundamentales de nuestra política exterior desde comienzos de la transición han sido Iberoamérica y la Unión Europea. Por ello, para España, el éxito de esta segunda Cumbre entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe significa, a largo plazo, el éxito económico de las dos regiones a las que se dirigen la inmensa mayoría de nuestras inversiones y de nuestro comercio.

América Latina y el Caribe y Europa se necesitan mutuamente para afianzarse, para lograr sus objetivos políticos, económicos, sociales y culturales y para aprovechar del mejor modo posible las oportunidades que ofrece ese proceso en marcha que se ha dado en llamar globalización. La cita de Madrid supone una ocasión para dar un nuevo impulso a un proceso de entendimiento estratégico entre dos regiones con visiones y objetivos comunes en un mundo global.

Esa relación empezó a llenarse de contenido a partir del ingreso de España y Portugal en la Comunidad Europea, tal y como recuerda y analiza en estas mismas páginas Alberto Antón. Gracias a esa realidad subyacente, los países europeos son los primeros inversores en la región y la Unión Europea es el segundo socio comercial de América Latina y el Caribe. Y es por lo tanto lógico que Europa apoye los procesos en curso de integración política y económica (Mercosur, Centroamérica, Comunidad Andina).

España tiene desde no hace mucho una presencia económica muy relevante en Iberoamérica que ha sorprendido en la misma España y en Europa. Sin embargo, se ha de subrayar que España no tiene vocación de exclusividad y ni siquiera de preeminencia.

cia en sus relaciones con América Latina y el Caribe, y que nuestro apoyo absoluto a todos los procesos en marcha de integración hemisférica se realiza partiendo de nuestra propia experiencia, y con el convencimiento profundo de que lo que ha sido bueno para nosotros es bueno también para los países que consideramos hermanos.

En definitiva, España es muy consciente de que su éxito depende en buena medida del éxito de América en su conjunto. La expresión retórica de que España es puente entre Iberoamérica y Europa, las dos comunidades y proyectos que son los anclajes fundamentales de nuestra proyección exterior, cobra su pleno significado en reuniones como la de Madrid.

El propio éxito económico de Europa, el logro de su ambiciosa agenda, está ligado en buena medida a su relación y a su papel en América Latina y el Caribe. Europa fracasará como motor económico mundial si no sabe reformar y abrir su propia economía, empeño en el que España está comprometida y que impulsa en el llamado Proceso de Lisboa. Y sería muy grave que Europa no supiera o no quisiera abrirse precisamente a aquellos países que comparten con nosotros un mismo substrato cultural y unos mismos valores políticos. Unos países que además conforman una de las zonas más prometedoras del siglo XXI.

Incluso el futuro peso político de Europa, sin olvidar los retos que suponen la ampliación o las reformas constitucionales y económicas en marcha, depende de su capacidad de interlocución con otras regiones. Un gran actor internacional se distingue de uno de segunda fila precisamente en su capacidad para llevar a cabo objetivos políticos diversos con las mismas garantías de éxito.

Y es aquí donde el aspecto económico cobra una relevancia radical, y las razones económicas para fortalecer la alianza estratégica entre Europa y América Latina y el Caribe se convierten en incuestionables. La apertura económica, la liberalización de sectores, el fomento de la competencia en un marco de seguridad jurídica, junto con la integración en la economía global son las guías para avanzar en el camino del crecimiento, la creación de empleo y la innovación. Esa tiene que ser la apuesta de Europa en América Latina y el Caribe. Y esto aunque, a corto plazo, haya sectores que puedan verse temporalmente perjudicados. Precisamente serán aquellos sectores hasta entonces privilegiados en un régimen que evitaba la competencia, es decir, los protegidos y los subvencionados.

Para culminar este proceso con éxito es necesario contar con un Estado fuerte, sustentado en el respeto escrupuloso de la ley, con sistemas judiciales fiables y con estructuras fiscales que sean capaces de sostener con eficacia los servicios públicos y repartir equitativamente las cargas entre toda la población impulsando, en vez de ahogar, a las fuerzas productivas.

En la toma de conciencia de estas realidades descritas, una vez más los Estados Unidos han tomado la delantera a Europa. El acontecimiento de trascendencia histórica que ha supuesto la creación de la Zona de Libre Comercio de América del Norte

ha manifestado la ruptura de una inercia secular de malentendidos entre México y sus vecinos del Norte. En la relación con México, Europa ha llegado con retraso aunque, consolémonos, nunca será tarde si la dicha acaba siendo buena. Europa ha concluido su primer acuerdo de asociación con un país de América Latina, al culminar sus negociaciones con México hace dos años, gracias a los esfuerzos y a la visión de España.

Aun así no se puede olvidar que, a comienzos de la década de los noventa, el 20% del comercio total de México se realizaba con la Unión Europea, y en la actualidad supone menos del 4%. Sin embargo las ventajas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) para el desarrollo de México son indiscutibles. Y son ventajas también para España y sus empresas y para todas las empresas europeas situadas en el mercado mexicano desde hace tiempo, en sectores tan estratégicos como los servicios financieros, la electricidad, el gas y las telecomunicaciones. Lo que ha pasado con México debe ser un ejemplo de la oportunidad que tiene Europa con el resto de América Latina. Es muy deseable que en los casos de Mercosur y Chile, inmersos en rondas de negociaciones comerciales con la Unión Europea, asistamos a una apertura comercial y económica decidida, en el convencimiento de que ese paso será el que generará riqueza y empleo en las dos regiones.

En la última Cumbre de las Américas, celebrada en Quebec los pasados días 20 y 21 de abril, se ha lanzado el órdago de la conclusión de la Zona de Libre Cambio Hemisférica, para antes del fin del año 2005. La culminación de la denominada Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) supone un reto inmenso que sólo puede merecer el apoyo de España. Estamos convencidos de que la integración y la apertura económica de los países latinoamericanos a nivel hemisférico no dejará de beneficiar, directa e indirectamente, a España, y por ende a Europa.

Pero también estamos convencidos de que Europa debe, a su vez, actuar: no estamos ante un juego de suma cero en el que uno pierde si otro de los actores gana. Muy al contrario, el proyecto al que se dio un impulso definitivo en Quebec, no puede menos que recibir los parabienes y bendiciones de un país, España, que es ya la segunda economía más abierta del mundo. Y ello nos impone el reto de convencer a nuestros socios europeos de que la apertura económica y comercial con América Latina no puede ser más que beneficiosa para una Unión Europea que aspira a ser una de los motores económicos del planeta.

En este contexto, no es casual que el nacimiento físico del euro, y su consolidación como gran moneda de reserva internacional alternativa al dólar americano, vaya a coincidir con esta segunda Cumbre. No podemos olvidar que todos los países latinoamericanos miran a Europa, sabedores de que la unilateralidad, la dependencia exclusiva de los Estados Unidos es algo que a nadie beneficia.

Son cada vez más las voces que, dentro de Europa, se alzan para apuntar que nuestro modelo económico y comercial no puede estar lastrado por política caducas, que necesitan una profunda revisión, inaplazable ante la perspectiva de la ampliación. Esas mismas

voces señalan que el empleo y el dinamismo económico surgen siempre de la apertura y no de la protección, de la competencia y no del privilegio, de la innovación y no del anquilosamiento. Los consumidores y los desempleados europeos tienen mucho que ganar con una apertura económica y comercial decidida hacia América Latina y el Caribe. Y las personas que viven en América Latina por debajo del umbral de la pobreza, que por desgracia son muy numerosas, podrán tener una esperanza cierta de mejora con la apertura comercial hacia Europa y con la inversión que venga del Viejo Continente.

Con la vista puesta en los objetivos descritos en el párrafo anterior, se puede afirmar que tenemos que redoblar los esfuerzos para dar a conocer mejor las posibilidades de esta apertura birregional al sector privado europeo. En este sentido tenemos una tarea pendiente con respecto a nuestro Acuerdo de Asociación con México, que habría que dar a conocer más puntualmente.

El I Foro Empresarial Unión Europea, América Latina y Caribe, celebrado en España en noviembre del año pasado, fue un éxito rotundo que deberá tener su continuidad en el II Foro que se celebrará en México. Significó una primera toma de conciencia de lo mucho que puede ganar cada parte con una intensificación de los contactos y del conocimiento mutuo. Con ello quedó claro que los poderes públicos respectivos están obligados a fomentar los marcos políticos estables y, dentro de éstos, la privatización y la desregulación tanto como la apertura comercial y la integración. En definitiva, tanto la Unión Europea como América Latina y el Caribe deben ser conscientes de que el progreso económico y el empleo de calidad en el futuro de las dos regiones se encuentra en la apertura, la competencia y la desregulación.

EL ÉXITO EN EL TERRENO DE LA COOPERACIÓN

La Cumbre de Río de Janeiro identificó una serie de “Prioridades para la Acción”, hasta un total de cincuenta y cuatro iniciativas en los más diversos campos y que suponen un reconocimiento de la existencia de una herencia común en las naciones que se reunieron en la ciudad brasileña. Esas acciones e iniciativas se articularon en torno a tres ejes: el político, el económico y el específico de cooperación, aunque en la identificación de las cincuenta y cuatro áreas señaladas se perseguía la intensificación de la cooperación en sentido amplio. Alberto Antón describe y analiza en esta misma revista la enorme cosecha de ideas emanada de la Cumbre de Río.

Aquí nos interesa subrayar que ante el volumen y la complejidad de las iniciativas que se plantearon se decidió crear un mecanismo específico de seguimiento de los resultados de la Cumbre, por una doble vía. En primer lugar, a través de los diálogos minis-

teriales existentes con países y subregiones de América Latina y del Caribe, que han conservado su formato y su regularidad. Pero, —y esto es lo nuevo— se creó también un Grupo Birregional de Altos Funcionarios que ha mantenido y sigue manteniendo reuniones ad hoc. En la celebrada en Tuusula, a finales de la presidencia finlandesa de la Unión Europea en el último semestre de 1999, se decidió identificar lo que se denominó las “Prioridades de las Prioridades” que, hasta un número de once, se agrupan en los campos en que las actuaciones se consideran más urgentes y realizables en un plazo relativamente corto. Estas once prioridades han tenido un trabajo continuado y específico que ha involucrado a muchos sectores de las Administraciones y sociedades civiles de ambos lados del Atlántico.

No es este el lugar para analizar estas once acciones seleccionadas, pero sí para destacar que en todas ellas se vislumbra claramente la comunidad de valores occidental. Basta subrayar a título de ejemplo, amén de las ya señaladas en este artículo, el estrechamiento de la cooperación en los campos de la educación y de los estudios universitarios así como la investigación y las nuevas tecnologías; o la promoción y protección de los derechos humanos, las iniciativas destinadas a combatir y prevenir la xenofobia, las manifestaciones de racismo y otras formas de intolerancia, o la adopción de programas y proyectos de género relacionados con las áreas prioritarias de la declaración de la cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer.

Sin embargo, ello no significa que se aparquen u olviden los otros cuarenta y tres campos de colaboración identificados: precisamente la idea implícita en el mecanismo de seguimiento creado es que nos encontramos ante un proceso abierto, cuya dimensión es difícil de reducir a un número predeterminado de iniciativas al ser muchos los asuntos y los campos en los que se puede colaborar.

Obviamente en unos ámbitos se irá más deprisa y otros, todavía indeterminados, irán surgiendo a medida que evolucione la realidad. Esto viene a demostrar, sin duda, que Europa y América Latina y el Caribe están comprendiendo que de su entendimiento, de su concertación y de su colaboración pueden surgir importantes beneficios no sólo para ambas regiones sino para todo el mundo.

Si hubiera que destacar dos grandes áreas de cooperación en las que más intensamente se está trabajando subrayaría, desde la perspectiva española, la educativa y la cultural. Se puede adelantar que entre los resultados más importantes de la próxima II Cumbre Unión Europea-América Latina y el Caribe en Madrid se encontrará un gran proyecto educativo. En este proyecto late la idea de que la mejor forma para que los cimientos de esta alianza entre dos regiones se afiancen de cara al siglo XXI es renovar y consolidar la relaciones en el campo de la educación.

Este gran proyecto tendrá como objetivo el estrechamiento de la ya existente colaboración en todos los ámbitos educativos y especialmente en el universitario, fomentando los programas de intercambio y de becas entre ambas regiones. Europa puede

hacer más para que los jóvenes latinoamericanos se formen en sus universidades y para que haya un mayor intercambio entre profesores e investigadores.

Algo similar ocurre en el mundo de la cultura. La historia nos enseña que en el siglo XVIII en América se leía la Enciclopedia, su literatura, pintura y arquitectura bebían en fuentes principalmente europeas y que en Quito o Buenos Aires se componía música a la altura de la se escuchaba en Praga, Viena o Londres. Es hora de recuperar esa unidad, sobre todo en la era de internet y de las nuevas comunicaciones. No podemos despreciar el enorme potencial de crecimiento y riqueza que hoy en día tienen las industrias culturales. Si nuestra preocupación en Europa es llegar al pleno empleo en el horizonte del año 2010 haríamos mal en olvidar el hecho de que la industria cultural es uno de los grandes yacimientos de los empleos del futuro.

El interés de España está en el éxito y consolidación de una *Alianza Estratégica* entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe. Para quienes creen en las sociedades libres y abiertas está claro que esa alianza traerá beneficios a los países de las dos regiones y al resto del mundo. El secreto de ese éxito está en la cooperación, en la apertura y la integración económica, en la democracia y la libertad.